



EN LA PLAZUELA

ERAN las siete de la mañana, hora de mercado en todas las plazuelas de Madrid, cuando yo atravesaba la del Carmen, no á título de madrugador, sino en clase de vecino trasnochado, deleitándome con el pintoresco espectáculo por ella ofrecido en aquel instante de alegre barullo y de rego-

cijadas transacciones. Madrid entero, con el estómago vacío y la boca abierta de par en par, aguardaba el retorno de sus emisarios para satisfacer su apetito, reparar sus fuerzas y proseguir su vida de amarguras y de placeres, de esperanzas y de ambiciones. La asendereada cortesana se desperezaba sobre su lecho, dispuesta á engullirse el desayuno.

Y á fe que era la plazuela modelo á propósito para las impresiones de un pincel colorista. Las vendedoras al por menor, con el pañuelo de percal al cuello, la falda recogida y el cesto de legumbres en la cadeira, interrumpían el tránsito voceando su mercancía y metiéndola por los ojos de los transeuntes; tablajeros, pescaderos, fruteros y verduleras se desgañitaban en sus puestos respectivos para atraerse los favores de la parroquia; las criadas, con la mano en la cesta y con el pensamiento en la sisa, regateaban el precio de los víveres, volviendo amorosamente los ojos hacia el soldado ó el chulo que las servía de escolta, saboreando la esperanza del futuro almuerzo y de la diaria cajetilla; tipos miserables, con más hambre en el cuerpo que monedas en el bolsillo, bordeaban de cuando en cuando los bulliciosos grupos para constituir la nota triste en aquel concierto

de apetitos voraces; y de todas partes salían á la vez gritos, interjecciones, cuchufletas, ruido de plata que se cambia, de calderilla que se cuenta, de acero que desgarraba la carne, y de carne partida que cae á golpe sobre el mostrador. Aquello era un himno, himno vibrante y estruendoso, ento-



nado por la multitud ante el estómago de una ciudad.

Yo contemplaba el espectáculo con ojos distraídos, y no hubiera salido de mi distracción en mucho tiempo, á no sacarme de ella una figura que contrastaba por modo absoluto con aquel enjambre de pañuelos de seda, de mantones de color, de risas francas y de rostros felices. Era esta figura la de una religiosa que, sujetando entre sus manos un saco de lona, se detenía fren-

te á los puestos, más como quien suplica que como quien contrata.

Yo soy enemigo declarado, y por serlo me felicito, de las instituciones religiosas; encerrarse entre cuatro paredes para vivir la vida egofsta de la contemplación y del aislamiento, me ha parecido siempre digno de estigma y de censura. La castración moral, el olvido del sexo y el odio al mundo, son determinaciones criminales si para violentarlas se adoptan, estériles é ineficaces locuras del espíritu cuando honradamente se acometen y cumplen; pero en mis hostilidades hago una excepción para las religiosas mendicantes y para las hermanas de la caridad. ¿Por el hábito que visten? No; por los oficios que desempeñan: socorrer al menesteroso y aliviar al enfermo son actos que, realícelos quien los realice, merecen el aplauso de todo el mundo.

De una religiosa mendicante se trataba entonces; pertenecía á esas congregaciones que imploran la caridad pública en beneficio de los pobres y desvalidos, y en tal faena se empleaba cuando llegué á verla y á sentirme atraído por la expresión humilde y resignada de su rostro.

Buena ocasión sería ésta de describir á la religiosa, para un romántico; el cual diría seguramente que era bella, que la blan-

ca toca encuadraba á maravilla en su rostro pálido y enflaquecido por los desengaños de la tierra y por las privaciones del claustro, y que su imagen reunía, á los encantos de la mujer, los contornos puros y seráficos del arcángel. ¡Buena ocasión para lucirse describiendo líneas y contornos estatuarios! Pero yo soy amante de la verdad, y debo decir que la religiosa era fea, muy fea.

Su cuerpecillo enclenque y mal configurado, sólo dibujaba ángulos y deformidades en el pardusco manto de estameña que lo cubría; y la toca negra, plegándose antiestéticamente sobre sus sienes, para caer á lo largo y formar un estrecho nudo en la garganta, dejaba al descubierto un cutis picado de viruelas, una nariz larga y torcida, una boca de labios estrechos y desiguales, unas encías desdentadas y una barba prominente y aguda; sólo sus ojos, desprovistos de pestañas, brillaban con dulzura infinita entre sus párpados. La infeliz mujer estaba coja, á mayor abundamiento de fealdades.

Mientras yo la miraba, ella se detuvo frente al puesto de un tablero, hombre robusto, de fisonomía pletórica, de ancha frente y hombros hercúleos, el cual, con el velloso pecho descubierto por la abertura

de la desabrochada camisa, remangados los brazos y empuñando una enorme cuchilla, descuartizaba una vaca, arrojando sobre el mostrador pedazos de carne ensangrentada y fresca.

La religiosa, metiéndose por entre los parroquianos, se encaró con el tablajero y le dijo con tono humilde:

—¿No hay nada para los pobres?

El tablajero alzó la vista, miró á la recién llegada de arriba abajo, y encogiéndose sus atléticos hombros, prosiguió su tarea sin responder una palabra.

—¿No hay nada para los pobres, amigo mio? repitió la mendicante, adelantando un paso.

—¡Para los pobres! repuso el carnicero sin dejar su puesto y apoyándose brutalmente en el cuchillo. ¡Para los pobres! ¡Para vosotras, querrás decir, bruja! ¡Si te figurarás que no os conocemos aquí y que váis á engañarnos como á tontos! ¡Cuidado si tienen gracia estos demonios de mujeres! ¡Para los pobres! Para engordar vosotras y engordar á los frailes; eso es lo que hacéis, y á los pobres que los parta un rayo. Digo que no hay nada: ¡á engañar bobos á otra parte, que aquí os han conocido!

—¡Y cuidado, añadió volviéndose hacia la gente que rodeaba el puesto; cuidado si es

fea la chupacirios; parece una cucaracha sin patas!

La gente soltó una carcajada de burla, y la religiosa, impasible, tranquila como si no hubiese escuchado la afrenta, repitió de nuevo con voz serena:

—¡Por caridad, señor!

—¿Pero aún está usted ahí? gritó el tablajero. ¿No le he dicho á usted que se vaya? Ea, ¡largo de aquí!

La mendicante siguió en su sitio contemplando al hombre que la insultaba; y éste, enfurecido por aquella muda oposición, exclamó adelantándose hacia el mostrador:

—¡Largo de aquí! ¡Fea, asquerosa, chupalámparas, beata, carlistona, vieja, pedigrüña, insolente!...

La mujer recibió aquel torrente de injurias con los ojos bajos y la vergüenza en las mejillas; y cuando su detractor puso término, por falta de resuello, á tan grosero vocabulario, le dijo con voz dulce, y clavando en él sus pupilas henchidas de compasión y de ternura:

—Bueno: todo eso es para mí; y para los pobres, ¿qué me da usted?

El tablajero se puso livido: retrocedió dos pasos, vaciló sobre sus pies como si hubiese recibido un mazazo en la cabeza, y cogiendo un trozo de carne, el más grande,

el más sano, el más jugoso, se lo arrojó á su contrincante, y murmuró, mientras le volvía la espalda con vergonzosa brusquedad:

—Tome usted... Hasta mañana.



EL PORVENIR

La estación de las Delicias ofrecía un aspecto regocijado y bullicioso, un conjunto lleno de color y de luz, un cuadro de tonalidades enérgicas y de atrevida composición, en presencia del cual dilatábanse con placer los ojos y se estremecía el alma de entusiasmo. Gran turba de gente agolpábase en los andenes para formar grupos originales y vocingleros; esbeltas figuras de mujeres jóvenes que, apiñadas junto á los coches del tren, dispuestos á partir, se contoneaban para destacar los contornos

del cuerpo, ó discutían gesticulando para lucir la dentadura y los graciosos hoyuelos del semblante; ancianas con el traje negro, los cabellos blancos, el dolor en el rostro y la esperanza en las pupilas; hombres vestidos de paisano, de apostura marcial, de tez curtida y canoso bigote; chiquillos traviesos que correteaban enredándose entre las piernas de sus padres: tal era el espectáculo que, acompañado por el rumor de las voces, por el chirrido áspero de los carretones atestados de equipajes, por el resoplido intermitente de la máquina y por el andar brusco de los mozos de carga y descarga, presentaba la estación pocos momentos antes de salir el tren de Toledo; y por entre aquellos grupos, dando la mano á éstos, abrazando á aquéllos, sonriendo á los de más allá, haciendo un saludo amistoso á los unos y un guiño pícaro á las otras, encaramándose por los vagones arriba y promoviendo, al tomar posesión de sus sitios, una algarada ensordecedora, veíase un tropel de mozalbetes, imberbes en su mayor parte, con el rostro rebosando salud, robustez y fuerza, que lucían el uniforme de soldado y se aprestaban á separarse de Madrid. Eran los alumnos de la Academia General Militar.

Terminaban las vacaciones, y ellos, des-

pidiéndose de sus familias, volvían al cumplimiento de sus deberes, á conquistar la estrella de oro ó de plata que iba á transformarles en oficiales del ejército.

El hecho no puede ser más sencillo, carece de importancia; y no obstante, yo me sentía entonces dominado por extraña impresión, como deseoso de abrazar á aquellos muchachos de semblante franco y enérgico que, sin preocupaciones de ninguna especie, sin enseñanzas dolorosas de la vida, sin temores en el alma y sin amarguras en la conciencia, andaban de un lado á otro, ufanos con sus uniformes, satisfechos de su juventud, con los ojos puestos en la novia y la mano en el sable, aún virgen de manchas sangrientas y de mellas brutales. Aquello significaba para mí algo muy grande, muy digno de ser visto con orgullo, estudiado con atención y despedido con entusiasmo. Aquello era el porvenir militar de nuestra patria.

En esos mozuelos imberbes están cifradas todas nuestras esperanzas guerreras, todos nuestros afanes de engrandecimiento, la honra nacional, el prestigio patrio, la independencia de nuestro suelo, la conservación de nuestra gloria y el respeto de nuestro nombre. Dentro de algunos años esa juventud, esparcida en los regimientos de lí-

nea, en los escuadrones de caballería, en las baterías de campaña y en las secciones de ingenieros, constituirá la oficialidad del ejército español, y de ella dependerá todo: la disciplina del soldado, el éxito parcial del combate, el clamoreo victorioso del triunfo y el heroico rugido de la derrota. La honra del país va á estar depositada en sus manos. ¿Cabe empresa más grande y responsabilidad más terrible?

Por eso los contemplaba yo en la estación de las Delicias, y al verlos jóvenes, entusiastas, vistiendo con soltura de soldados viejos el flamante uniforme, llenos de ilusiones, desafiando las contingencias de la vida, ostentando todas las cualidades propias á este ejército español, sobrio, entusiasta, audaz, generoso y valiente, estremeíame de gozo y creía que nuestras glorias no han muerto, que nuestras aspiraciones siguen en pie, y que una dirección acertada y un plan de estudios práctico puede hacer de esos jóvenes, que son nuestra salvaguardia en el presente, el instrumento de nuestra grandeza en lo futuro.

Mientras yo pensaba esto, ellos iban acomodándose en los coches con la imaginación llena de batallas que ganar, de grados que conseguir, de cruces que poner en el pecho, de estrellas que coser á la bocamanga

Los riesgos del combate y el laurel severo de la victoria, veíanlos ellos formando hermosa y halagüeña unidad, y hallábanse entonces dispuestos á derramar la sangre de sus venas á cambio de una hoja de aquel laurel ennegrecido por la pólvora, con el cual podrían dirigirse en busca de la madre viuda, del padre envejecido, de la mujer amada, para endulzar sus penas, contribuir á sus alegrías ó embellecer el idilio de sus amores.

¡Hermosa época de la vida ésta en que se emprende la marcha sin mirar atrás, y se sigue adelante sin fijarse en los que van quedando en el camino!

De pronto oyóse el repiqueteo vibrante de la campana; golpetearon las portezuelas á compás, dió la máquina un intermitente silbido, brotó por la ennegrecida chimenea un chorro de vapor negruzco, asomáronse los alumnos á las ventanillas, escuchóse en los andenes el último adiós, y el tren, majestuoso, potente, seguro de su fuerza y satisfecho de sumole, emprendió el camino de Toledo, llevándose dentro de sus coches, representado por unos cuantos pantalones rojos y por un ciento de muchachos alegres, el porvenir militar de España.

